



Colección **Pedagogía e Historia**

Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial

—Tercera edición—

Alberto Martínez Boom
Jorge Orlando Castro Villarraga
Carlos Ernesto Noguera Ramírez



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL
Educadora de educadores



MAGISTERIO
EDITORIAL

Colección
Pedagogía e Historia

Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial

—Tercera edición—

Alberto Martínez Boom
Jorge Orlando Castro Villarraga
Carlos Ernesto Noguera Ramírez



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores



Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial / Alberto Martínez Boom, Jorge Orlando Castro Villarraga, Carlos Ernesto Noguera Ramírez -- Tercera edición. -- Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional; Cooperativa Editorial Magisterio, 2021
184 páginas. – (Colección Pedagogía e Historia).
Incluye: Bibliografía

ISBN: 978-958-53564-2-9 (Impreso)

ISBN: 978-958-53564-3-6 (PDF)

ISBN: 978-958-53564-4-3 (Epub)

1. Educación – Historia – Colombia. 2. Personal Docente - Historia – Colombia. 3. Pedagogía – Historia – Colombia. 4. Maestros – Historia – Colombia. 5. Sociología de la Educación I Castro Villarraga, Jorge Orlando. II. Noguera Ramírez, Carlos Ernesto. III. Tít.

371.009 21.ed.-

Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial

Reservados todos los derechos

© Universidad Pedagógica Nacional

© Cooperativa Editorial Magisterio

© ALBERTO MARTÍNEZ BOOM

© JORGE ORLANDO CASTRO VILLARRAGA

© CARLOS ERNESTO NOGUERA RAMÍREZ

ISBN: 978-958-53564-2-9 (IMPRESO)

ISBN: 978-958-53564-3-6 (PDF)

ISBN: 978-958-53564-4-3 (EPUB)

DOI: <https://doi.org/10.17227/ph.2021.6436>

Colección Pedagogía e Historia

Tercera edición, 2021

Autores

Alberto Martínez Boom

Jorge Orlando Castro Villarraga

Carlos Ernesto Noguera Ramírez

Universidad Pedagógica Nacional

Leonardo Fabio Martínez Pérez

Rector

María Isabel González Terreros

Vicerrectora de Gestión Universitaria

John Harold Córdoba Aldana

Vicerrector Académico

Fernando Méndez Díaz

Vicerrector Administrativo y Financiero

Gina Paola Zambrano Ramírez

Secretaria General

Dirección editorial de la colección

Pedagogía e Historia

Carlos Ernesto Noguera Ramírez

Este libro no podrá ser reproducido en su totalidad o en parte por ningún medio impreso o digital sin permiso escrito del editor. Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y decreto reglamentario 460 de 1995.

Cooperativa Editorial Magisterio

<https://www.magisterio.com.co/editorial/catalogo>

Diagonal 36 bis # 20-70

Teléfonos: (57) 312 4351961

Bogotá, Colombia

Preparación editorial:

Grupo Interno de Trabajo Editorial,

Universidad Pedagógica Nacional

<http://editorial.pedagogica.edu.co>

Cra. 16A # 79-08, sexto piso

Bogotá, Colombia

(57) (1) 594 1894 ext. 190

Bogotá, Colombia

Alba Lucía Bernal Cerquera

Coordinadora

Maritza Ramírez Ramos

Editora

Martha Méndez Peña

Corrección de estilo

Fredy Johan Espitia Ballesteros

Diagramación y diseño de cubierta

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S

Xpress/Kimpres

Impresión

Impreso y hecho en Colombia/Printed and made in Colombia

Comité Editorial GHPP

Arley Ossa

(Universidad de Antioquia)

Alejandro Álvarez

(Universidad Pedagógica Nacional)

Alberto Echeverri

(Universidad de Antioquia)

Rafael Ríos

(Universidad del Valle)

Fechas de evaluación: 08-11-2019/18-11-2019

Fecha de aprobación: 15-11-2017

El presente trabajo partió de los resultados del proyecto de investigación *Historia de la práctica pedagógica durante la Colonia*, financiado por la Universidad Pedagógica Nacional y Colciencias. Este proyecto a su vez hizo parte del proyecto interuniversitario *Hacia una historia de la práctica pedagógica en Colombia*, integrado por los siguientes proyectos:

Historia de la práctica pedagógica durante la Colonia

Alberto Martínez Boom
Universidad Pedagógica Nacional

Los jesuitas como maestros

Stella Restrepo Zea
Universidad Nacional de Colombia

Historia de la práctica pedagógica en el siglo XIX

Olga Lucía Zuluaga, Jesús Alberto Echeverry
Universidad de Antioquia

Historia de la práctica pedagógica en el siglo XX

Humberto Quiceno
Universidad del Valle

CONTENIDO

9	PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN
13	INTRODUCCIÓN
19	PRIMERA PARTE
21	PRENSA Y VIDA COTIDIANA
21	CURIOSIDADES DEL <i>CORREO CURIOSO</i>
32	“VAGAN POR LAS CALLES MALEÁNDOSE DE MIL MANERAS”
38	“INVERTID CON USURA VUESTROS CAUDALES”
43	TRAS LA HUELLA
43	UNOS SUJETOS PÚBLICOS
49	CONTROL DE UN EJERCICIO, MENDICIDAD DE UN ESTIPENDIO
55	SE ABRE EL EXPEDIENTE
55	“LOS JESUITAS EXPULSOS”
62	NACE UN OFICIO
66	DE LA ESCUELA PÍA A LA ESCUELA PÚBLICA: LA ESCUELA DE SAN CARLOS

73 SEGUNDA PARTE

75 COMIENZAN LAS URGENCIAS LLORADAS

75 UN "SOCORRO DE LIMOSNA"

79 "HAME OCURRIDO UN PENSAMIENTO..."

82 UN SILENCIO OBLIGADO

83 LOS ANTECEDENTES CEREMONIALES

87 LAS CEREMONIAS

95 Y CONTINÚAN LAS "URGENCIAS LLORADAS"

102 "[...] QUE MIRÁNDOME DE CERCA ME TENGA PRESENTE PARA OTRO DESTINO"

109 UNAS PÁGINAS BORROSAS

109 OTRAS VOCES, OTRAS ESCUELAS

114 AQUELLA "CURIOSIDAD LITERARIA"

119 HISTORIA Y FICCIÓN: UN LEGADO COMO RESPIRO

123 UNA CARTILLA SINGULAR

126 DE LA INCERTIDUMBRE AL DESCONCIERTO

137 TERCERA PARTE

139 DE LA ZOZOBRA AL OCASO

139 ENTRE LA ZOZOBRA Y EL TERROR: MORILLO EN SANTAFÉ

145 EL MAESTRO TORRES ANTE EL CONSEJO DE PURIFICACIÓN

148 [...] QUE ES HONRADO, TIMORATO, RECOGIDO Y DE GESTO PACÍFICO

150 JUAN SÁMANO: SU PROCEDENCIA Y DESTINO

152 [...] PARA QUE MIRÁNDOLAS LOS NIÑOS POR MODO DE DISTRACCIÓN SE LES IMPRIMA SU OBJETO

154 DE LA SOLICITUD QUE NUNCA PRESENTÓ Y SU JUBILACIÓN POR DECRETO, YA EN LA REPÚBLICA

159 Epílogo

161 REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DEL MAESTRO EN COLOMBIA

161 ¿DÓNDE ESTARÁN AQUELLOS MAESTROS...?

161 ¿DE DÓNDE PROVIENE EL MAESTRO DE ESCUELA?

164 LIMPIEZA DE SANGRE, LIMPIEZA DE ALMA

166 UNA “CONGRUA SUSTENTACIÓN”

169 UNA ILUSIÓN: EL MAESTRO INTELECTUAL

171 PARADIGMA MORAL... Y DE POBREZA

173 LOS MÚLTIPLES DESTINOS

177 BIBLIOGRAFÍA

177 FUENTES PRIMARIAS

178 FUENTES SECUNDARIAS

181 SOBRE LOS AUTORES

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

La aparición del maestro público en nuestra cultura es una de la infinidad de vidas sumidas en el mutismo y anonimato. Hacerlas visibles supuso prestar atención a noticias, denuncias, querellas, informes, delaciones, interrogatorios y memoriales que empezaron a tejer una nueva trama capaz de advertir tipos de existencia cotidiana. En la abundante y copiosa documentación del siglo XVIII encontramos escrituras que urge rescatar del olvido. Son vidas y escrituras silenciadas. Si bien no todos los archivos merecen este esfuerzo, el silencio de aquellos que muestran las líneas iniciales de surgimiento de la escuela pública y del maestro de primeras letras prefigura las primeras voces de una institución y de un sujeto que se gestó entre prácticas singulares.

¿Quiénes eran estos primeros maestros públicos? Lo sinuoso de este nuevo personaje muestra algunas características fundamentales. No era un regular de una orden religiosa, no era escogido por el cura rector o por el padre de familia. Era un sujeto civil que atendía la convocatoria de un bando oficial, presentaba un examen de oposición al cargo, era seleccionado generalmente por una junta o un cabildo, y acudía a este procedimiento mostrando certificaciones de diversa procedencia: de origen, conducta, limpieza de sangre y virtud.

La historia de don Agustín Joseph de Torres aparece unida a un conjunto de personajes que empezaban a reclamar a las

autoridades virreinales el pago de un estipendio. Este reclamo es posible por su condición de sujetos públicos que buscan reconocimiento a la luz del cargo para el que habían sido nombrados. Sus ecos son más que súplicas por un “corto socorro” con el cual resolver su “escasez y pobreza”, se trata mejor de un grito afirmativo. Sin importar las respuestas de las autoridades de la época, esas cartas, esa escritura, sus voces elevadas en medio del silencio y del desinterés demuestran coraje. Es más, en medio de sus múltiples carencias, Joseph de Torres produce una *Cartilla lacónica de las cuatro reglas de la aritmética práctica*, toda una hazaña que corrobora lo que antaño y todavía puede un maestro.

Esa historia, llena de contrastes entre coraje, súplica y presencia fue editada por primera vez bajo el título de *Crónica del desarraigo* (1989), una segunda versión ampliada fue nombrada *Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial* (1998). Arribamos ahora a la tercera edición de esta obra, con la que se confirma el valor de este raro experimento de escritura que, a pesar de sus treinta años, mantiene su vigencia y evocación. No es fácil escribir a tres manos; tampoco es fácil escribir en los límites entre la historia y la literatura. Este texto es una muestra de un trabajo apasionado y riguroso a la vez. En realidad, se trata de una experiencia, irrepetible, de investigación que corresponde a una época en la cual el plan de trabajo profesoral dividía por mitad los tiempos de docencia e investigación, algo impensable hoy.

Como hace treinta años la investigación no era una obligación (decretada), quienes nos comprometíamos en tal proyecto intelectual, además de poder contar con tiempo (justificado por la existencia misma del Centro de Investigación de la Universidad Pedagógica (CIUP), aunque siempre otorgado con dificultades, teníamos a nuestro favor el hecho de que se trataba de una actividad de la cual no podíamos prescindir: no podíamos vivir mucho tiempo fuera de los archivos y, a pesar del olor rancio de los documentos, del polvo acumulado en los legajos y de los hábitos anquilosados de los funcionarios, ansiábamos cada semana el día en que nos internábamos por los grandes y abarrotados

estantes de la Biblioteca Nacional de Colombia, es especial la Sala de Libros Raros y Curiosos, o del entonces llamado Archivo Histórico Nacional. El resto del tiempo, cuando no había clases programadas, nos encontrábamos en el altillo del antiguo case-rón del barrio Teusaquillo en donde funcionó por varias décadas el CIUP, rodeados de fichas, fotocopias de legajos de archivos, notas y manuscritos listos para entregar a la dactilógrafa para su transcripción. En aquella buhardilla del tercer piso de “Villa Rosa” se gestó este libro, entre lecturas de folios coloniales y las páginas de *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, que leíamos para encontrar el tono de nuestra escritura.

Para las nuevas generaciones tal vez sea curioso saber que el libro se empezó a escribir a mano, luego fue mecanografiado y, finalmente, pudo ser digitado en el primer computador que conocimos los autores. Como percibirán, se trata de un libro que es “más viejo” que los lectores a los que va dirigido, sin embargo, no se trata de un texto desactualizado: si bien es la tercera edición, no hemos cambiado nada de su contenido original porque no es necesario cambiar nada. Es decir, en los últimos treinta años no se ha producido otra obra que relate la historia del surgimiento del maestro y la escuela en Colombia u otra obra que cuestione lo que aquí se afirma. Y eso nos coloca en una situación ambigua: podemos afirmar que lo aquí escrito continúa teniendo validez, pero a la vez, nos hace pensar que la historia de la escuela y del maestro es un asunto, aún hoy, poco trabajado.

Los autores
Bogotá, noviembre del 2020

INTRODUCCIÓN¹

La presente obra constituye una revisión corregida y aumentada del texto de los mismos autores, titulado *Crónica del desarraigo. Historia del maestro en Colombia* (Cooperativa Editorial Magisterio, 1989), trabajo que a su vez partió de los resultados del proyecto de investigación de Historia de la práctica pedagógica durante la Colonia, financiado por la Universidad Pedagógica Nacional y Colciencias.

Este es un pequeño viaje en el tiempo, dos siglos atrás. A una época, como casi todas, en la que no habría mucho que añorar, sugestiva por lo que fue, aun a pesar de que nunca tendremos la certeza de lo que realmente pasó. Lo invitamos a una época de intrigas y oidores, de rebeliones furtivas y suplicios, de chicherías y edictos para contener el relajamiento de las costumbres, de novenarios católicos, rezos y pago de diezmos.

El escenario propuesto para este pequeño relato lleva el mismo nombre de esa gran metrópoli que hoy se extiende amenazante con sus más de seis millones de habitantes, pero que hace dos siglos era apenas un punto en la inmensidad de la sabana. Un punto al cual se accedía por aquellas sendas que frecuentaban

1. Agradecimiento especial a Marcela Andrea Palomino por su trabajo de archivo.

forasteros y viajeros provenientes de Tunja, Honda o Soacha, guiándose por la figura imponente de sus dos cerros tutelares, Monserrate y Guadalupe, o siguiendo las huellas hídricas de los dos ríos, el de San Francisco y el de San Agustín que, por algún tiempo fijaron las fronteras naturales de un poblado que ya por estos tiempos se endilgaba el título de Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santa Fe de Bogotá, centro político, económico Y cultural del Virreinato de la Nueva Granada.

Se trata de ubicarnos en una ciudad teñida de múltiples problemas y contradicciones, pero apacible en sí misma, con poco más de veinte mil almas “dignas de conteo”, algunas de ellas aterrorizadas todavía con los “tiempos de ruido”, con los sucesos de los Comuneros, con el terremoto ocurrido en 1785, con la atrevida publicación de un folletín con los *Derechos del hombre y del ciudadano*. Una ciudad dividida, desde 1774 según Real Orden, en ocho barrios para su “buen gobierno”, con vagos y ociosos de recuas, afectada por el manejo insensato de basuras y la proliferación sin control de la población canina, porcina y avícola (valga decir, perros, marranos y gallinas).

Dentro de la multitud de hechos políticos, religiosos, económicos y sociales que el siglo XVIII marcó para el Nuevo Reino de Granada existe uno que, a pesar de haber escapado a los historiadores de la educación preocupados por dar cuenta de los grandes personajes y los grandes sucesos, a más de implicar a uno de los primeros maestros públicos, permite mostrar las facetas en las que se debatió y sigue debatiéndose ese personaje que abarca más de dos siglos de existencia.

Queremos invitarlo a leer la historia de un maestro público, que a pesar de su estrechez económica —o mejor, de sus *urgencias lloradas* como gustaba catalogar aquel sus necesidades—, se lanzó a una aventura intelectual, que tuvo fruto un día hace algo más de doscientos años, con la publicación de una cartilla, no para escribir o leer, ni para recitar el evangelio, sino para aprender a contar, empresa descabellada para su época, más aún si, tenemos en cuenta las condiciones económicas en que vivía. Quizás ningún

personaje como este maestro criollo pueda mostrar de una forma tan clara los avatares, desdichas, esperanzas y persistencia de aquellos sujetos que todavía hoy persisten en asumir la dirección intelectual y moral de una junta de niños y jóvenes.

Este trabajo, atendiendo a una perspectiva genealógica, da cuenta no tanto del origen como de la emergencia y las condiciones de posibilidad que marcaron el surgimiento del maestro público de primeras letras. El caso de don Agustín Joseph de Torres, al igual que una veintena más de maestros, se encuentra registrado en diferentes expedientes que reposan en el Archivo General de la Nacional (Santafé de Bogotá) y en el Archivo General de Indias de Sevilla (España). Estos documentos alcanzan los ochenta folios y cubren más de cuarenta años. Atraviesan, además, la época de finales de régimen colonial y la primera década del periodo republicano. Valga señalar, como un hecho paradójico, que fue un documento jurídico y no precisamente pedagógico el que nos dio la posibilidad de conocer algo de los avatares y vicisitudes de uno de los primeros sujetos que, por allá a finales del siglo XVIII, se lanzaron a la palestra pública a enseñar a leer, escribir y contar a una junta de niños pobres.

A lo largo de sus dos siglos de existencia, la escuela y el maestro han conservado algunos rasgos primigenios casi intactos: la distribución esquemática del tiempo escolar (el horario); la delimitación precisa del espacio escolar (el patio, el salón de clase, etc.); la preocupación por la disciplina, por el control del cuerpo, del movimiento; la autoridad como base de la enseñanza y el aprendizaje, etc. En cuanto al maestro, queremos señalar un conjunto de hechos, menos evidentes pero quizá más contundentes, que hemos denominado congénitos, es decir, presentes desde el mismo momento de su nacimiento, de su emergencia, de su aparición en el horizonte colonial de finales del siglo XVIII.

La primera marca del maestro ha quedado inscrita en la historia con su propia letra. Se trata de la primera huella de este particular sujeto en la historia: en el Archivo General de la Nación se encuentran 26 expedientes originados a finales del siglo XVIII, por

unos sujetos que se denominan maestros de primeras letras. Fue este un acontecimiento de singular importancia para nuestra historia cultural, pues en un periodo de dos décadas comienzan a aparecer en distintas villas y poblaciones del Nuevo Reino de Granada solicitudes de unos personajes hasta el momento desconocidos:

“Luis de Amaya vecino del pueblo de Ubaté y maestro de escuela de primeras letras de él, con aprobación de Vuestra Excelencia ante su superioridad con la más profunda veneración de mi respeto y rendimiento debido, digo[...]”.

“Domingo Barrios, maestro de escuela de primeras letras de Pamplona, con la mayor veneración y respeto hago presente ante Vuestra Excelencia[...]”.

“Agustín Joseph de Torres, siendo nombrado desde trece de diciembre de mil setecientos setenta y cinco por la Superior Junta de Temporalidades de maestro de primeras letras de esta ciudad (Santafé) ha el tiempo de cerca de doce años [...] suplico a la gran piedad de Vuestra Excelencia[...]”.

Pero ¿qué decían estos sujetos? ¿cuál era el motivo de sus escritos? A pesar de proceder de diferentes regiones del virreinato, y aun cuando el Gobierno virreinal no había logrado reglamentar plenamente el ejercicio público de la enseñanza de las primeras letras, los 26 expedientes tienen un motivo común: en todos ellos escuchamos por primera vez la voz del maestro en la historia. Pero paradójicamente, no es una voz que alega un saber, como podría esperarse de un sujeto que por la época domina las primeras letras, que argumenta la reforma de las costumbres o de alguna propuesta en favor del bien público. La voz del maestro aparece en la historia para suplicar el pago del estipendio atrasado o solicitar un aumento para aliviar sus urgencias.

La segunda marca congénita del maestro tiene que ver con la posición que ocupa en relación con otros intelectuales. Además de los 26 expedientes de maestros, el archivo de la segunda mitad del siglo XVIII guarda una significativa colección documental de lo que por la época se conoció como *planes de escuela*.

Se trataba de extensos expedientes en donde se solicitaba la creación de una escuela de primeras letras en distintas villas y poblaciones del virreinato, solicitudes que iban acompañadas de una especie de reglamento y plan de estudios por los cuales se regiría la escuela. Pero aquí, nuevamente aparece otra paradoja, pues ninguno de estos planes fue escrito por uno de aquellos maestros de primeras letras; todos llevan la rúbrica del cura del pueblo o de algún funcionario del cabildo local. Con este hecho queda señalada la dependencia que el maestro tiene, desde su misma aparición, de otros intelectuales. Dependencia que no solo manifestó en la elaboración de los planes y reglamentos, sino además, en la recomendación que debía obtener del cura sobre su condición de cristiano viejo y sujeto virtuoso, requisito indispensable para su nombramiento.

Una tercera señal que ha quedado grabada en el ejercicio del magisterio tiene que ver con los límites de su saber. Cuando las autoridades virreinales, preocupadas por la proliferación de sujetos que andaban por las estancias pretextando enseñar a leer escribir y contar a cambio de huevo, una vela o un pan semanal se dieron a la tarea de controlar y vigilar a estos sujetos mediante el establecimiento de *exámenes de oposición* para otorgar el respectivo título o para nombrar en propiedad la vacante de una escuela, circunscribieron el saber del maestro al manual de enseñanza. En ausencia de instituciones dedicadas a la formación de maestros, el manual de enseñanza condensó los fundamentos y sentó los límites de lo que un maestro de primeras letras debía saber para ejercer su oficio. Elaborado por intelectuales españoles preocupados por el estado de las luces en el reino, el manual de enseñanza buscó instruir y orientar a los maestros y aspirantes al magisterio en las tareas propias del oficio, que iban desde saber cómo cortar la pluma para escribir, los diferentes tipos de letras, la adecuada posición para escribir, el método silábico para la enseñanza de la lectura, hasta los fundamentos de la gramática castellana. Allí estaba registrado todo lo que un buen maestro tenía que saber para ejercer la enseñanza, como hoy está en los libros de texto lo que necesita saber un docente y aprender un estudiante.

Una cuarta señal que ha marcado al maestro, quizá la más interesante, la hemos denominado la *ilusión intelectual del maestro*: y don Agustín Joseph de Torres y Patiño es su encarnación. Toda su vida de maestro trascendió entre la enseñanza de las primeras letras, la doctrina cristiana y las cuatro reglas de la aritmética. Pero su actividad intelectual fue más allá; se manifestó, fundamentalmente, en la escritura: primero, sus múltiples cartas al “superior gobierno” en busca de obtener una pequeña recompensa por su arduo y esmerado trabajo: pero también, su concepto, como maestro de escuela de la capital del virreinato, de uno de los planes de escuela más importantes de ese periodo, el elaborado por el padre Duquesne de la Madrid, cura de San Juan de Girón; y desde luego, su *Cartilla lacónica*. He aquí la ilusión intelectual de un maestro que, agobiado por sus urgencias lloradas, como él mismo denominaba sus padecimientos y los de su familia, tiene fuerza y ánimo para darse a la tarea de escribir ¡y publicar! una cartilla en un momento en el cual tanto la censura rígida como los costos (el papel era importado de ultramar) hacían casi imposible una empresa tal. Da cuenta de ello las escasas publicaciones que tuvieron lugar en el Nuevo Reino durante todo el periodo de la Colonia.

Quizás don Agustín sea el símbolo del maestro público en nuestro país: no solo por ser uno de los pioneros del ejercicio de la enseñanza, no solo por ser quizá el maestro mejor remunerado y más importante del país (por el hecho de haber ejercido durante muchos años como único maestro en la capital del virreinato), sino por haber sido el primero en escribir y publicar —en las condiciones en que le tocó vivir— un texto pedagógico, así haya sido una *lacónica* cartilla.



Maestro, escuela y vida cotidiana en Santafé colonial es la historia de Don Agustín Joseph de Torres, el cuarto maestro público de la escuela de San Carlos de Santafé de Bogotá, un maestro de finales del siglo XVIII, cuya vida es de una actualidad palpitante para pensarnos en nuestro presente. Quizás ningún personaje como este maestro criollo pueda mostrar de una forma tan clara los avatares, desdichas, esperanzas y constancia de aquellos sujetos que, todavía dos siglos después, persisten en la dirección intelectual y moral de una junta de niños y jóvenes.

[...] Que siendo nombrado ha el tiempo de onze años, cinco meses y sufriendo algunas necesidades para la vida humana, les suplico se sirvan movido de la caridad el Rey, mandar añadirme algún leve socorro del dicho ramo de Temporalidades para poder subvenir a las urgencias lloradas.

Agustín Torres

Santafé, 1787

ISBN: 978-958-53564-2-9



9 789585 356429